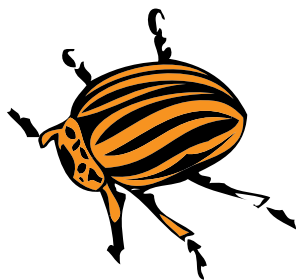


CINCO VISIONES DE LOS NOVENTA

Antonio Garrido, 2008

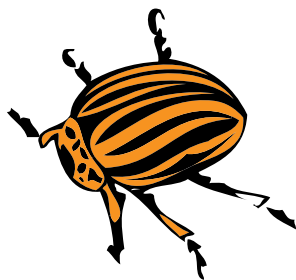
La formación artística de María Xosé Díaz procede del dibujo y la pintura, disciplinas en las que se graduó en la Facultad de Bellas Artes de Barcelona en 1980. El contacto con el hábitat mediterráneo y su flora son los estímulos fundamentales para el comienzo de sus primeras investigaciones en el campo del dibujo. Las entrelazadas y superpuestas fibras vegetales de hojas y cortezas de la palmera serán el eje principal de unos delicados y geométricos dibujos resueltos a través de incisivos estudios de múltiples gamas de medios tonos con los que investigará la representación de transparencias y superposiciones de tramas sometidas a la exposición de diferentes intensidades de luz. La biología del entramado vegetal le lleva a realizar una interpretación libre de los detalles de la armonía geométrica cartesiana y de la forma espiral que se produce en el crecimiento de los tejidos de las plantas. En estos primeros dibujos ya se percibe una aguda sensibilidad que será el hilo conductor que guíe a María Xosé, durante muchos años, por la senda de una estética delicada, sensual y táctil.

Esta inicial etapa pictórica se detiene durante toda la década de los ochenta en la que la artista decide experimentar con la cerámica tradicional, material que la aparta de una sociedad cada vez más industrial que niega el equilibrio entre los sistemas ecológicos naturales, entrando en una dinámica de depredadora destrucción. El mundo de la cerámica la adentrará en los ambientes corporativos y solidarios de los colectivos artesanos y se apartará de los canales habituales del mercado de arte para participar en ferias de artesanía en las que comercializará sus propias producciones.



Antonio Garrido, 2008

En estos años investiga con el diseño de motivos ornamentales que cubren las superficies de las vasijas y objetos cerámicos. En cierta manera la ornamentación de sus trabajos utilitarios recuerda la esencia sintetizada de aquellas mallas y tramas desarrolladas en sus primeros dibujos y que ahora se amoldan a la superficie parietal de la cerámica. A partir de 1988 se integra en diversos colectivos como "Remol" y "Nome" abanderando un activismo que defiende la creación de una asociación de artistas plásticos fuerte y unida. En 1990 María Xosé decide abandonar las posiciones artesanales y utilitarias para adentrarse en una estética de severa simetría compositiva utilizando materiales encontrados que combina con el hierro y la madera. Un drástico cambio de planteamientos personales y estéticos con el que comienza a difundir su obra a través de sus primeras exposiciones en galerías gallegas, en 1991. Este mismo año la artista retoma sus dibujos realizados en Barcelona de fibras vegetales de palmera, sus tramas y la geometría a través de la superposición de planos que aplica a un nuevo material orgánico, el cáñamo, que se convierte en cubrición de esquemáticas estructuras realizadas con alambre galvanizado. A través de los hilos de cáñamo convenientemente manipulados consigue planos capaces de producir sombras y transparencias al ser iluminados convenientemente. La estructura aportaba la forma geométrica y la escala del medio y gran formato a unas esculturas de indudable originalidad y sensibilidad estética produciendo una contraposición entre la frialdad industrial y vegetal. Gracias a estos trabajos María Xosé Díaz será seleccionada para formar parte de la exposición de nuevos valores en el Pabellón de Galicia de la Expo de Sevilla y en la exposición colectiva "Nomes propios, Imaxes do desexo" del Museo do Pobo Galego, ambas celebradas en 1992.



Antonio Garrido, 2008

La dualidad de los materiales industriales y naturales le llevará, en 1993, a experimentar con el papel y la cerámica expandida- conocida en el mercado con el nombre comercial de arlita- estableciendo estructuras seriadas que amplifican y se acomodan al espacio circundante generando aspectos paisajísticos. Estas nuevas propuestas se exhiben en la exposición "Trazos e camiños", en el Xacobeo de 1993, constatando la confluencia en su obra de diferentes tendencias artísticas internacionales estableciendo un delicado mestizaje con sabor póvera y minimal no exentos de guiños con la obra de Anish Kapoor. A partir de estos años comienza un trabajo en el que se aleja de la obra exenta para intervenir los espacios expositivos con instalaciones. Entre ellas hay que destacar las dos versiones de "Huella del mar" que presenta en 1995 en la muestra del Auditorio de Galicia "A arte inexistente: As artistas galegas do século XX", Son dos poéticas instalaciones en las que se integran los elementos aire, tierra, agua mediante unos recursos de gran efectividad y estética. "Huella del mar I" alude al ciclo que se establece entre el mar y la lluvia en sus procesos de evaporación y retorno. Ocho tiras traslúcidas de tela blanca con aplicaciones de pequeñas chapas metálicas a modo de gotas cuelgan del techo y aluden a la cortina de agua de la lluvia. Seis bandejas de hierro galvanizado llenas de agua dispuestas en el suelo "recogen", a modo de contenedor, la lluvia antes citada. Unos recursos que con la complicidad de la luz generan reflejos que son mecidos por el agua creando movimiento y sensaciones perceptivas en el espacio expositivo.



Antonio Garrido, 2008

En 1997 en su exposición individual para la sede pontevedresa de Caja Madrid presenta una serie de obras realizadas con contenedores de chapas de plástico rígido transparente. La escultora ralla la superficie del material con mayor o menor intensidad disminuyendo progresivamente su transparencia con el objeto de permitir una visión reducida de los objetos que incluirá dentro de los contenedores. Son destacables las columnas prismáticas de plástico que realiza la artista en la que encierra ramas de vegetales o fragmentos de papel levemente tintado, recursos que materializan juegos lumínicos creados por las transparencias, reflejos, sombras y brillos que cambian según el espectador modifique la posición de su punto de vista.

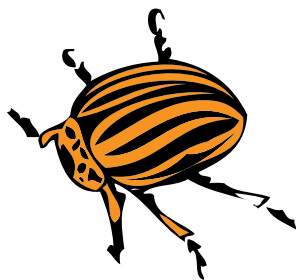
La exposición colectiva "Caminantes" realizada dentro del conjunto de eventos del Xacobeo 99 da la oportunidad a María Xosé Díaz para experimentar directamente con espacios específicos. Para ello construye doce planchas de plástico transparente que interviene produciéndole una serie de ralladuras tramadas que dan una leve opacidad a la superficie con la intención de conseguir una mayor captación de la luz. Las chapas son cosidas en sus extremos verticales formando una trama de planta quebrada, variable y adaptable al espacio expositivo. Las obras al interactuar con la luz generan percepciones cinéticas que las hacen cambiantes. Los elementos cosidos en las chapas de plástico producen ilusiones ópticas que simulan la ingravidez de estar flotando en el espacio.



Antonio Garrido, 2008

Con el cambio de siglo la escultora prescinde del plástico para realizar una serie de esculturas con alambres y diferentes materiales orgánicos que tejidos crean sutiles ámbitos en los que el aire y la luz son los principales elementos. Son obras livianas, lineales, con un importante grafismo producido por la línea de los diferentes materiales y sus múltiples sombras. La artista utiliza la levedad de sus materiales para potenciar la intangibilidad de los fenómenos perceptivos generados por la luz y el espacio que acotan.

En la segunda mitad de la década de 2000 la artista pasa por momentos difíciles que amenazan su salud. El transcurrir de las horas de su dilatada convalecencia la hace volver al dibujo, en esta ocasión con planteamientos narrativos intimistas. La artista necesita plasmar a través de variadas naturalezas muertas en las que hace uso de objetos de uso cotidiano, recuerdos, piedras, vegetales o conchas de moluscos, todos aquellos fragmentos importantes de su existencia. Un universo intimista plasmado con una estética basada en un realismo fotográfico de indudable interés, sentimiento y expresividad. María Xosé Díaz, como siempre ha hecho a lo largo de su trayectoria, prescinde de los convencionalismos artísticos del momento para adentrarse en un universo intimista en el que lo que más destaca es su interés por captar aquellos fragmentos vitales que la hacen renacer con una fuerza inusitada manteniendo su frescura y espontaneidad. Entre todos estos dibujos que suponen la revisión de toda una vida destaca el autorretrato desnudo que, además de mostrar las cicatrices del paso del tiempo y la enfermedad, tatúa los nombres de todas aquellas personas de su entorno más próximo que han dejado una huella importante en su existencia.



Antonio Garrido, 2008

Una imagen que puede ser interpretada como un exvoto que María Xosé ofrece no sólo a su propia vida física, a la recuperación de su cuerpo, sino también al agradecimiento y recuerdo personal de todos aquellos que la han rodeado, ayudado o influido positivamente a lo largo de su existencia. Un testimonio valiente y terapéutico que será sin duda un referente para el desarrollo y evolución de su obra futura.